

# Pero Grullo

AÑO I

CIUDAD REAL 15 AGOSTO 1915

N.º 19

SUSCRIPCION  
ESPAÑA ..... Anuales: Una peseta  
EXTRANJERO ..... Anuales: Tres francos  
DIRECCION  
JULIAN MORALES RUIZ  
Administrador General  
FELIPE MEDIA  
Redaccion: Avda. de las  
donde debe dirigirse toda la correspondencia  
No se devuelven en ningun caso los origi-  
nales. De los publicados, son responsa-  
bles sus autores

## MOTIVOS

### Y YA SOY VIEJO

**C**AMINO hacia los treinta y ya soy viejo. Sospecho haber vivido deprisa y estoy seguro de que mi alma sabe de emociones intensas y mi carne de hondas sensaciones, tanto como los que nacieran por el año 70 y, acaso, más que algunos de esa época que, ahora, en la tertulia del Casino, hablan de sus años mozos.

No quiere decir esto que yo posea de hombre de experiencia, ni, en modo alguno, que tenga la insensata pretensión de conocer la urdimbre complicada de la vida, cada día más compleja. No.

Quiero decir, nada más, que me considero un poco envejecido al lado de mis coetáneos, por que las sensaciones y las emociones a que antes aludía me han hecho exceptivo y frío; mis nervios tienen una quietud, que me molesta bastante y me hace ser ecuánime en algunos momentos de la vida, en los cuales me hubiera apasionado hace algunos años. Además, muchos días siento mi corazón desoladoramente invadido por el pesimismo.

Evoco el tiempo pretérito, cuando era yo un chiquillo, y me parece remoto e impreciso como un sueño. ¿Dónde fueron aquellas inquietudes, aquel simpático desasosiego que me impacientaba hasta hacerme contar, con los dedos, los días que faltaban para las fiestas?

En qué abismos se despenó la alegría que senti, dentro de mi pecho, la víspera de la Virgen del Prado, cuando las campanas de la Catedral rompían la serenidad del crepúsculo, sonando a gloria, a risas y a besos; haciendo volar, espantados, los pájaros dormidos en las acacias del paseo, hacia el azul blanquecino del cielo en la agonía de la tarde?

¿Por qué no siento — hace ya algunos años! — la començon de que lleguen las ferias, aquellas ferias lejanas que fueron, para mí, gloriosos y memorables parentesis en la vida inerte, eternamente igual de nuestro pueblo?

Y, como se han extinguido aquellos ardorosos entusiasmos míos que me lanzaban al Real de la Feria a las nueve de la mañana, acicalado y presumido, contento con el corazón alegre y los labios propicios a la risa aunque en casa me hubieran entregado, para todos mis gastos de los ocho días de feria, dos o tres duros que yo guardaba en el bolsillo del pantalón para hacerlos sonar fantarromamente?

¿Cuales de aquellas niñas a quienes yo dije querer con todo mi amor, todo mi amor de quince años, que hoy están ya viejas, dobladas y sueltas por la espalda y las faldas a media pierna, aquellas muchachas que, acaso, hoy son madres, recordarán mis

cartas cursivamente apasionadas y mis palabras de novios, que yo quería abrayar ya pícaro y maliciosamente?

Y mis amigos de la infancia, como olvidaron aquellas confidencias ingenuas que nos hicimos, aquellas candorosas y suaves emociones que juntos percibiríamos ante la carta de nuestro primer amor de chiquillos, aquellas felicísimas horas que para todos corrieron con igual rapidez e intensidad, porque al mismo tiempo nos divertíamos en el teatro oyendo una zarzuela, en moda entonces, o nos aburríamos simultáneamente en un Certamen Literario, mientras unos señores leían unas cosas que, nosotros, no entendíamos?

¿Qué fue de aquellas emociones que jamás volví a sentir, y de las cuales, hoy, ni el recuerdo me produce emoción?

Ciertamente voy para viejo.

Algunos amigos de mi niñez sienten, aún, en estos días, vísperas de fiestas, la inquietud, el desasosiego y la impaciencia de aquellos tiempos que recuerdo y, todavía, tienen el alma propicia a emocionarse con un cándido regocijo y los nervios listos para la sensación más leve.

A mí me dá pena, la certidumbre de que mi corazón y mis nervios no puedan sentir como antaño, al compás de los suyos, las alegrías de la feria, y de que mis ojos vean con imperturbable serenidad, con un gesto de indiferencia, todas las cosas.

Al dedicar una hora al repaso en la memoria de los días que fueron, de las ferias de otros años, me ha producido el recuerdo pesadumbre, por ver lejana la edad aquella que fue la más feliz, cuando besaba las trenzas rubias y los ojos negros de una linda chiquilla cuyo nombre he olvidado.

Desde entonces, dentro de mí han muerto muchos ideales y muchas ambiciones; he perdido la fé en muchas cosas; y el choque violento con la execrable realidad de la vida ha deshecho mis ensueños románticos de los que aún — perceptibles apenas — conserva lereves huellas mi alma.

He sentido el dolor terrible de besar la frente helada de un hermano muerto; he pensado en el suicidio porque una mujer bella y loca, a quien amé con exaltaciones inauditas hasta llegar al paroxismo, huyó de mí.

Hoy, un poco cansado, sin ilusiones casi y, casi, sin amor más ligero tal vez, y más seguro, camino por la vida indiferente, sin que nada me alegre con exceso ni me entristezca sin razón poderosa.

Y al evocar ahora otros tiempos, el recuerdo me ha producido un poco de pesar al ver que fue vano mi esfuerzo por resucitar entusiasmos, añejos y saber que no consigues emocionarme la memoria de días mejores.

Por eso escribí al comienzo:

Camino hacia los treinta y ya soy viejo.

Julian MORALES RUIZ

10—Agosto—1915.



JULIAN MORALES RUIZ